

tural discurso, que está destinado sólo á comer, á dormir y á hacer sus obras naturales y preguntadle qué es lo que quiere. ¿Qué quieres, Ferrer.”

—Quiero mujer, contestó el necio en voz tan alta que casi opacó la del predicador.

—Pues eso, dijo Fray Joaquín, eso mismo desea el señor Obispo, eso quiere el señor Presidente de la Audiencia, eso pretenden los señores oidores, eso anhelan los prelados de las religiones, el cabildo, justicia, regimiento, caballeros y hombres buenos de esta ínclita ciudad; eso procuran este escogido concurso y todo el reino y eso mismo busco yo con todas las fuerzas de mi alma.

Los risueños soltaron el trapo á reír, los graves fruncieron el ceño, los prudentes menearon la cabeza, los suspicaces se espantaron y todo el mundo se levantó dejando interrumpida la función.

El pobre padre Robles, hasta que bajó del púlpito corrido y confuso, tuvo conocimiento del caso y de los resultados de su ardid.

21 de septiembre de 1900.

CUENTO EJEMPLAR

MAS dice el Señor: “¿Quién de vosotros puede mudar un cabello de negro en blanco ó de blanco en negro?” ¿Quién? Todos cuantos gasten la famosa tintura que Herr Angrovius confecciona en Einbeck, Prusia renana, y que vende á razón de cuarenta marcos el frasquito en el lugar de la fabricación.

Limpia, elegante, discreta, ni ensucia la ropa, ni se delata dejando manchones negros en el rostro, ni se necesita aplicarla constantemente; deja el pelo negro como la endrina, brillante, suave y delicado como el de una señorita y sobre todo no puede

adquirirse por cualquiera: quince ó veinte duros cada dos semanas (que no alcanza para más tiempo la droga aunque se economice hasta lo inverosímil) no son cantidades que pueda derrochar cualquier viejo verde que no cuente con los bien saneados caudales con que contaba don Francisco Nevares y Aguilar, solterón amable, simpático y gracioso como pocos.

Don Francisco, que tuvo noticia por otros viejecitos de que existía substancia tan preciosa, escribió á un su amigo recomendándole le enviara varias redomas de aquellas, logró que le pusiera en romance un profesor de lenguas vivas la dirección para el uso de la droga, y cádate á Periquito hecho fraile, es decir, cádate al don Francisco convertido en un jovencillo, *fuera las arrugas* de la cara y eso que se halla en el interior y constituye el placer de la vida, la ilusión; el encanto de amar y de ser amado Pero el carcamal aquel vivía satisfecho y su alma en su palma; dueño era de sus cabellos y podía teñirlos con todos los matices imaginables.

Semanariamente, como si fuera á reci-

bir ó á comunicar la contraseña de que dependiera la fidelidad de un castillo ó de una plaza fuerte, se encerraba con Evaristo, su peluquero, y salía de allí como si se hubiera topado con la fuente de eterna juventud que buscaba el loco Juan Ponce de León.

En cuanto á la barba, no le permitía brotar ni el canto de una uña: tan pronto como aparecían indicios de ella, la cegaba como si hubiera sido mala yerba que brotara en un campo sembrado de simientes exquisitas; y así casi no pasaba día sin que ocurriera á la oficina del rapista.

Un domingo, en que todo era trasiego y bulla, entre las preguntas de “¿qué va á ser?”—“¿molesta?”—“¿tibia?” y los gritos de “muchacho, dame “El Imparcial,” “límpialos con grasa; pero de prisa” cogieron la hebra dos médicos jóvenes, alegres y bromistas: como los enterradores de *Hamlet*, cantaban mientras abrían sepulturas, y decían chistes acerca de la muerte y la vida con el desparpajo que pudieran haberlos dicho sobre las piruetas de una suripanta.

Primero hizo el gasto una serie de enfermedades: *tifo, enterocolitis, pulmonías, perniciosas . . . la mar*. Luego, variando el tono, uno de ellos, bajito, rechoncho, vivaracho, de anteojos con cerco de oro y nariz roja, cogiendo por la solapa á su amigo, grandullón, de piel grasienta humedecida por constante exudación adiposa y vestido de una tela tan clara que ofendía la vista, le dijo como si refiriera un suceso real: "¿Sabe, compañero, que se me ha presentado un caso raro? El envenenamiento por la absorción de una maldita tintura para teñir el pelo. El paciente era un viejecito de excelente constitución al parecer: empezó por sufrir grandes dolores de cabeza, cefalalgias terribles con que parecía, según contaba el pobre, unas veces que le barrenaban el cráneo, otras que se lo aserraban con sierras que se movían tarde y tórpemente y otras que se lo hendían con cuchillos sutilísimos, como si quisieran separarle los huesos. Luego el cuadro de una intoxicación por el arsénico, perfectamente caracterizada é indudable, y por último, la muerte después de un apla-

namiento absoluto de todas las facultades y potencias. Dudoso del caso, solicité de la familia permiso para hacer la autopsia, y el estudio de las vísceras me ha demostrado la presencia de un tósigo tremendo cuyo nombre y condiciones se me escapan por ahora; pero que de seguro descubriré mediante los estudios sucesivos."

—Vea usted, dijo el de lo claro, á donde lleva la necia idea de engañarse solo, pues solos se engañan y á nadie consiguen engañar los que ocurren á esos ridículos afeites para esconder el estrago de los años.

Como si no fuera más noble, más hermoso, más varonil, el cabello de quien ostenta la muestra de que ha atravesado á pie enjuto el mar de la vida, que el de quien se lo adoba, afeita y compone para hurtar los años; como si la vejez no se descubriera cuanto más se pretende encubrirla y como si no fuera muestra de ánimo equilibrado, de vida quieta y hasta de favor de la suerte el portar corona de canas. Ese desgraciado ha de haber ocurrido á la cuarta plana de los periódicos, y adquiriendo uno de esos potingues baratos, hechos con el so-

limán más refinado y espantoso, se dió á creer que era joven cuando no era sino un muñeco ridículo que de seguro se granjeaba bromas y cuchufletas.

—No, compañero, dijo el otro; la tintura era de lo más reputado en el género; procedía de la casa de Angrovius, en Einbeck. Cabalmente guardo en mi poder los residuos del último frasco que usó el difunto, y el químico Pérez, mi amigo, me cuenta que ha descubierto en ellos cien mil tósigos sutiles que parece mentira se empleen en drogas que puede usar el mundo entero.

Don Francisco se quedó helado como si hubiera oído su sentencia de muerte: la aparición de Banquo en el festín de su asesino no produjo de seguro efecto comparable á la charla de los mediquines en el ánimo del viejecillo remilgado.

Se levantó del sillón, dió gracias al peluquero y agua á las manos, se colocó en su sitio la corbata, que se le había descompuesto con los vaivenes á que lo había sujetado el *maestro*, requirió bastón y sombrero, y ya al marcharse, como distraído,

dijo al doctor del caso ejemplar: “Dispéñseme, doctorcito, ¿he oído mal ó es cierto que un sujeto murió á consecuencia de la aplicación de una tintura?”

—Enteramente histórico, contestó el interpelado; y es caso más triste porque el pobre deja mujer y cuatro hijas doncellas que no sé como lograrán bandearse.

—Y dice usted que la droga era . . .

—De la casa de Angrovius, Einbeck, Prusia.

Despidióse el vejete, viéronse los médicos con sorna y marchóse cada mochuelo á su olivo.

Pero don Francisco se extrañó voluntariamente de paseos y cantinas, dejó de andar por las calles y ni aun en misa se le veía.

Al cabo de un mes, el pío, felice, triunfador Nevares, estaba convertido en un viejo blanco como la nieve, pues no quería correr los peligros de una intoxicación.

No le faltaron chungas y burletas; pero lo que más le escocía era oír de boca de chiquillos presumidos y sin seso:

—Perdone, caballero, hablo con usted ó

con su padre"—ó bien: "Don Francisco, recuerdos al joven Nevares."

Y dice la historia que el nuevo viejo, que no podía emprenderla á linternazos con todo el mundo, se resignó á hacer á mal tiempo buena cara; si bien tragando rejalgar y sudando tinta, lo que trajo su muerte en breve plazo.

Lo que la historia no dice es si Nevares llegó á percatarse del bromazo que le habían dado los mediquines.

30 de septiembre de 1900.

Cómo murió Gaspar Hauser

Si quisiera referir *ab-ovo* la vida del pobre Gaspar Juárez, llamado Gaspar Hauser en la jerga estudiantil y familiar, de seguro que me sobrarían datos y pruebas.

Mi padre fué amigo de don Juan Juárez desde que se estableció en el lugar, y mis tías habían conocido y tratado á Micaelita Ortiz, madre de mi condiscípulo, desde que eran chiquitinas y juntas recibían lecciones de don Modesto Pérez, que iba diariamente á casa de mis abuelos á *echar renglón*, á enseñar el modo de sacar cuentas de *cuarterola* ó de *ocho* y *tercio* y á